

al sospechar, entrando en el cementerio del aldea, que pueden verse enterradas bajo aquel solitario césped manos en quien el cetro de Alejandro y la cítara de Homero habrian cobrado mayor fama, á prestarles su auxilio vivificador la ciencia, y la sociedad estímulos poderosos.

Ciencia y estímulos rodeaban á RUIZ DE ALARCON por todas partes.

CAPITULO XVII.

Teatro de los antiguos mexicanos.—¿Le debe algo el nuestro español?—Alarcon se opone á cátedras en la Universidad de México.—Da en ella el vejámen al doctor Briciano, su amigo.—Fíale comisiones la Real Audiencia.—Ejerce el corregimiento de la ciudad.

1610

El bizarro cantor de la *Grandeza Mexicana* bien ha podido convencernos de cuánta era allí la afición al teatro. No diré yo que no subiese de punto, agujijoneada por la fama de lo mucho que suponian para la gran Sevilla los espectáculos escénicos; pero, aunque rudamente acondicionados, ya los tenia México ántes que descubriesen los españoles aquel no imaginado emporio, séase por tradicion de los primitivos pobladores, ó porque el hombre siempre es el mismo donde quiera, pues dice el florentino que *tuto il mondo è fatto como la casa nostra*; séase ya por el innato placer que siente al ridiculizar ó aplaudir casos raros, extrañas aventuras, nobles ó extravagantes

caractéres, usos y costumbres populares, todo realzado con el bulto y nuevo sér que la animada y pintoresca imitacion sabe infundirles.

Todavía los indios, en tiempo de ALARCON, recreábanse frecuentemente aderezando sus *mitotes* ó bailes con despojos de las antiguas fábulas dramáticas, vivas y deleitosas. De las inolvidables que al pié de la Babel del Nuevo mundo representaban los cholultecas en el templo de Quetzaalcohatl, nos han conservado memoria los doctos frailes contemporáneos al descubrimiento y conquista. Y por sus relaciones en parte, y en parte de ciencia propia, el sabio y elegantísimo José de Acosta (que falleció en la ciudad de Salamanca á 15 de Febrero de 1600, pocos meses ántes de llegar allí ALARCON) nos habla de tener un patio mediano aquel templo de Cholula, donde el dia de la fiesta de Quetzaalcohatl «se hacian grandes bailes y rogocijos y muy graciosos entremeses. Para lo cual habia en medio de este patio un pequeño teatro de treinta piés en cuadro, curiosamente encalado; el cual enramaban y aderezaban para aquel dia con toda la pulicía posible, cercándolo todo de arcos hechos de diversidad de flores y plumeria, colgando á trechos muchos pájaros, conejos y otras cosas apacibles, donde, despues de haber comido, se juntaba toda la gente. Salian los representantes y hacian entreme-

ses, haciéndose sordos, arromadizos, cojos, ciegos y mancos, viniendo á pedir sanidad al ídolo; los sordos respondiéndole adefesios, y los arromadizos tosiendo, los cojos cojeando, decian sus miserias y quejas, con que hacian reir grandemente al pueblo. Otros salian en nombre de las sabandijas: unos vestidos como escarabajos, y otros como sapos, y otros como lagartijas, etc.; y encontrándose allí, referian sus oficios. Y volviendo cada uno por sí, tocaban algunas flautillas, de que gustaban sumamente los oyentes, porque eran muy ingeniosas. Fingian asimismo muchas mariposas y pájaros de muy diversos colores, sacando vestidos á los muchachos del templo en aquestas formas; los cuales, subiéndose en una arboleda que allí plantaban, los sacerdotes del templo les tiraban con cebratanas, donde habia, en defensa de los unos y ofensa de los otros, graciosos dichos con que entretenian los circunstantes.» A la conclusion hacíase un mitote ó baile con todos estos personajes, como era costumbre en las mas principales fiestas. (182)

Hé aquí un parecido retrato del ditirambo en Grecia; hé aquí, ni más ni ménos, con su propia índole y aderezo, las mojigangas y entremeses que alborotaron regocijadamente la corte de España en los dias pacíficos de Felipe II y en los ostentosos de su nieto. Ignoro que se haya re-

parado hasta ahora en la influencia indudable que las farsas mexicanas debieron ejercer sobre nuestros bailes, pasillos, mojigangas y entremeses.

Pero, «en ninguna parte (añade el jesuita mencionado) hubo tanta curiosidad de juegos y bailes como en la Nueva España, donde hoy día se ven indios volteadores, que admiran sobre una cuerda; otros, sobre un palo alto derecho, puestos de piés, danzan y hacen mil mudanzas; otros, con las plantas de los piés y con las corvas, menean y echan en alto y revuelven un tronco pesadísimo, que no parece cosa creíble si no es viéndolo. Hacen otras mil pruebas de gran sutileza en trepar, saltar, voltear, llevar grandísimo peso, sufrir golpes que bastan á quebrantar hierro; de todo lo cual se ven pruebas harto donosas.» (Equilibrios idénticos á los que admiramos hoy en funámbulos y volatines.) «Mas el ejercicio de recreacion más tenido de los mexicanos es el solemne *mitote*, que es un baile, que tenían por tan autorizado, que entraban á veces en él los reyes, y no por fuerza, como el rey D. Pedro de Aragon con el barbero de Valencia. Hacíase este baile, ó *mitote*, de ordinario en los patios de los templos y de las casas reales, que eran los más espaciosos.» (183)

A fe mía que gran sagacidad y sabia providencia fué la de aprovecharse de la indiana y anti-

quisima afición á representaciones escénicas los discretos y caritativos misioneros que evangelizaron con la paz aquella gente. «Los nuestros, que andan entre ellos (leo en otro sitio), han probado ponelles las cosas de nuestra santa fe en su modo de canto; y es cosa grande el provecho que se halla, porque con el gusto del canto y tonada están días enteros oyendo y repitiendo sin cansarse. También han puesto en su lengua composiciones y tonadas nuestras, como de octavas y canciones, de romances, de redondillas; y es maravilla cuán bien las toman los indios, y cuánto gustan.» (184) El teatro hispano-indico, habia, pues, nacido y crecido ya en Nueva España antes de mediar el siglo XVI. Es de ver (dijo en su *Historia general y natural de Indias* Gonzalo Fernández de Oviedo, el año 1541) «las representaciones é farsas de devoción que los niños é muchachos (indios) representan é recitan en lengua castellana é latina, en versos é prosa, que en Italia ni en Castilla no se podría hacer mejor por los naturales españoles ó italianos.» (188)

Así en las partes septentrionales de América tomaba extraordinario vuelo el teatro, inspirado por la Iglesia y dirigido por varones semi-santos, que, si no en todas las veinte lenguas indígenas de Nueva España, en las más cultas y vulgari-

zadas componian autos de la pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, é historias con poético artificio, sacadas del Antiguo y Nuevo Testamento. (186) De este modo llegaron á verse en lengua nahuatl obras dramáticas de Mira de Ames-cua, Lope y Calderon. (187) Y así, desde luego fué importante y noble el oficio del poeta dramático, ya cuando ofrecia en el templo asuntos de piedad, ya cuando en los coliseos, profanas pero decentes fábulas, celosas todas ellas de moralizar y enaltecer al pueblo. Escuela tan gallarda robusteció el estro de ALARCON, hija dócil y bienhechora de la cristiana filosofía.

Es, pues, de suponer que en los años que mayores fuerzas juveniles, mayor salud y voluntad más decidida consagraba DON JUAN á realzar su nombre y abrirse paso entre la valiosa multitud de sutiles y felices ingenios mexicanos, que (segun Mateo Aleman) «ningunos otros conocemos, en cuanto el sol alumbrá, que puedan decir ni loarse de hacerles alguna ventaja;» (188) es de suponer, digo, que no dejaria de probar su natural é impetuosa disposicion para la dramática, y haber sido entónces cuando hizo las primeras armas afiliado en las banderas de Talía.

Si el poeta lírico ó dramático nace; y á la luz de todas las ciencias, allí tan profunda y bellamente cultivadas, habia ALARCON rehecho y acri-

solado su espíritu en el vivo fuego de acendrada moral y excelente filosofía, ¿cómo no emular en su patria los escénicos laureles que cada primavera traian las flotas del Viejo Mundo? ¿Cómo no ambicionar unir su nombre á los de Lope y Cervántes, del maestro Ramon y del divino Miguel Sánchez, del valenciano Aguilar y D. Guillen de Castro? ¡Sentir inquieta y desapoderada la inspiracion, y enmudecer el ingenio cuando se gallardeaban con el suyo farsantes como Alonso y Pedro de Morales, Nicolás de los Rios, (para quien escribió Cervántes su comedia famosa de *Pedro de Urde-Malas*), Gerónimo Sánchez y Andrés de Claramonte! No era posible. Acercábase á los treinta años de edad; nutrido ya, y del todo, su entendimiento en las mejores enseñanzas, y subordinada al juicio su imaginacion, habia llegado el tiempo en que las flores de la juventud se deshojan, y aparece el regalado fruto de la aplicacion y de la experiencia.

Con igual ardor se le encuentra más ó ménos pronto en la triple liza esplendorosa de la Universidad, del foro y del teatro; señal manifiesta de que tuvo á la vez cautivos en esos tres palenques su aficion y entendimiento. No hallo, es verdad, comedia suya con indicios claros de haberse escrito en México; pero ¿tenemos la mitad siquiera de las que en buena crítica se le han de su-

poner? ¿Ha llegado á nosotros ni la tercera parte de las del monstruo de la naturaleza? Los recuerdos del Tórmes y del Guadalquivir, y de las ingeniosas representaciones dramáticas de Salamanca y Sevilla habian de asaltarle concurriendo á los teatros de México; y á impulso de tales memorias bien pudo rehacer aquí, entre otros ensayos, *La Cueva de Salamanca*, primera quizá de sus obras, donde una de las figuras tiene harto parecido con el buen Henrico Martin, el impresor de libros, astrólogo, frenólogo y matemático hidráulico. Pero de ello se hablará más adelante. Baste por ahora creer, como harto verosímil, que á la patria nativa, y en los años de 1609 á 1611, debió rendir las primicias de su númen dramático el autor de *La Verdad sospechosa*.

Poco feliz en sus ambiciones universitarias durante los de 1609 y 1610, ó por mayor habilidad de los contrincantes ó por el fatal inconveniente de la joroba, «aspiró á cátedras, leyendo de oposicion en diferentes ocasiones; pero, aunque se le aprobaron los ejercicios, no obtuvo ninguna. (189) Tan repetidos golpes hicieronle desistir de tomar la borla de doctor en Leyes, cuyos gastos montaban sobre tres mil pesos: crecido é inútil desembolso en quien, acometiendo sin tregua, con entusiasmo y fe, no pudo for-

zar la barrera de la enseñanza pública. (190) Ni le animó á la ostentacion vanidosa del grado el ejemplo de Brician Diez Cruzate, en cuya investidura de doctor hizo papel no indiferente para las letras españolas, tocándole el vejámen de su compañero de estudios en Salamanca y en la navegacion por el temible Océano.

Los vejámenes habiansé introducido en España á imitacion del gimnasio de Paris, substituyendo ó parodiando con picantes burlas y sazonados chistes los enfadosos panegiricos. Dábanse raras veces por un doctor; muchas por un licenciado; en no pocas se lucia con esa libertad un estudiante. Su objeto fué amansar la vanagloria del triunfo académico, y solemnizar más alegremente la fiesta. Llamábase *vejámen* el de los médicos y juristas, y se escribia en lengua castellana; pero decian *gallo*, *actus gallicus* (*acto frances*), con alusion de su origen, al de los teólogos, pronunciado comunmente en latin. Donoso, hábil, sagaz y discreto habia de ser el vejador, y ALARCON lo seria para que se desternillase de risa el auditorio, sin daño de barras; quiero decir, sin ofender ni desautorizar al vejado. Permitiase atribuirle necedades y desatinos que no sonasen á véras, sino á evidentes burlas, en cuentos y anécdotas ridículas, y llamarle del simple y del mentecato. Pero á la violencia del arrojo seguía-

se el placer de recomendar al ya reconocido y aclamado por sabio, que rindiese muchas gracias á Dios por haberle con pródiga mano dispensado infinitos beneficios, haciéndole en su patria de los principales; en la república, uno de los considerados; en la Audiencia, uno de los aceptos; en la Universidad, uno de los doctos; en su linaje, de los mejores; y en su casa, de los más queridos. Hágaos Él en esta vida dichoso, y en la otra de los bienaventurados. (191)

Entre las diversas contrariedades sin cuento de mi fatigosa tarea biográfica, estimo no pequeña el haber sido estéril mi afán por descubrir el paradero del *Vejámen en el grado de doctor de Brician Diez Cruzate, por el licenciado DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA*. Poseía-le autógrafo el P. Pichardo, erudito presbítero de México, en el oratorio de San Felipe Neri, habrá poco más de cincuenta años, por los de 1816. ¡Cuántos siglos de ruinas y desolacion han pasado desde entónces! (192) Si el vejámen llegase á parecer, estoy cierto de que seria muy regalada su lectura, por las muchas y animadas noticias que es de imaginar le enriquecieron de la vida estudianteca y picaresca de Salamanca. Doy aquí el aviso de haber existido hasta nuestros tiempos ese rasgo, para que algun amante de las letras españolas emplee diligencia en bus-

carle, coronada con mejor éxito que la mia, y se aliente á vulgarizarlo de molde.

Más afortunado que ALARCON, su amigo Cruzate ganó la cátedra de instituta de Justiniano el año de 1613, estimulándose á escribir, aunque no á publicar, sobre materia jurídica, obras que, á su muerte, legó á la biblioteca universitaria. Yo le considero pariente del navarro Fray Juan Cruzate, famoso por su ciencia y ejemplar vida y costumbres, que en 1542 pasó á México, fué prior del convento de San Agustin, y murió en 1575. (193)

El foro y la Audiencia, presidida por el Virey D. Luis de Velasco (ya Marqués de Salinas desde Mayo de 1609, en premio de sus buenos servicios al proyectar y emprender las obras de desaguar la laguna), recompensaron muy pronto para ALARCON los pasados reveses. Actuó en el tribunal con crédito; supo distinguirse allí por su elocuencia y rectitud; subyugó la aficion de los señores, que así antonomásticamente se decian los magistrados, y el Acuerdo le ocupó en varias y delicadas comisiones, de que dió buena cuenta. (194) Mostróse enérgico en ellas, celoso, imparcial, conciliador y prudente; de modo que, haciéndose á no reparar en su joroba los discretísimos pilotos de aquella bien regida nave del Estado, y conociendo cuánto gusto daban

al anciano Virey, Marqués de Salinas, facilitaron que á DON JUAN se le nombrase teniente de corregidor de México. Este día fué uno de los mejores que tuvo el ingenioso licenciado. La virtud y el mérito propios le habían conseguido triunfar de la enemiga naturaleza; no era óbice la corcova para que se le fiase el gobierno de la ciudad; subía, no por asalto, más legitimamente, á los codiciados honores.

En esto ausentóse el Corregidor, y «con aceptación ejerció DON JUAN el oficio del propietario, sentenciando muchas causas, y mereciendo que se le diese por buen juez en la residencia. (195) Entónces fué cuando hubo de intervenir, por razón del cargo, en las obras adicionales al proyecto, casi realizado ya, de divertir hácia el lado del Norte los afluentes más temibles de la laguna de México, las cuales consistían en profundizar el socavon de Huehuetoca y revestirle de piedra. (196) Y de tal suerte la actividad, rectitud y limpieza del Corregidor interino cautivaron el ánimo del Marqués (para quien el logro de aquella empresa era tenaz y vehementísimo empeño), que no estaba contento sin verle á su lado cada día. Honor, dinero, afecto, comodidades; nada, pues, debía ya echar de ménos ALARCON para creerse dichoso.

CAPITULO XVIII.

El Virey nombrado presidente de Indias.—Nuevos proyectos de Alarcon; se decide á pretender en España.—Párte, acompañando al Marqués.—Viaje de mar y tierra.—El comediante Juan de Herrera de Gamboa.

1611

A deshora llegan de España interesantes pliegos dirigidos al Virey, cartas de sus hijos y nietos, y una del Sr. D. Felipe III, en que llamándole, como solía S. M., «Ilustre Marqués de Salinas, mi primo, de mi Consejo de Estado, y mi virey y capitán general de Nueva España,» le dice haber provisto en él la presidencia de Indias. Los amigos madrileños le hablaban de que por traslación de dominio de D. Juan de Acuña al Consejo Real vino á resultar la vacante; que fueron muchos los pretendores de ella, y de calidad todos, nada ménos que el duque de Medinasidonia, el Conde de Niebla y el Marqués de